

Luis Rubio

Jesús Cantú

# Nuestra democracia

La democracia mexicana está en problemas: para unos, es la causa del ascenso en la criminalidad; para otros, ésta ha permitido la descentralización del poder que, a su vez, dio rienda suelta a los gobernadores para dispendiar los recursos, incurrir en todo tipo de actos de corrupción y vivir en la impunidad; para la mayoría, la democracia no ha traído consigo un mejor sistema de gobierno, una economía más exitosa o una sociedad más igualitaria. De acuerdo a estos diagnósticos, la solución -implícita, porque (casi) nadie se avienta el tiro de proponerla abiertamente- reside en la reconstrucción del viejo sistema político o algo similar. Eso es lo que los morristas pretenden y varios priistas intentarán en su próxima Asamblea.

El debate sobre la vigencia y viabilidad de la democracia es universal. Las “sorpresas” electorales de los últimos tiempos hablan por sí mismas: el llamado “Brexit”; la elección de Donald Trump; la fortaleza electoral de Marine Le Pen; el referéndum para otorgarle poderes casi ilimitados al presidente de Turquía; y la envidia que genera, en muchos ámbitos políticos e intelectuales, la capacidad de imponer decisiones y reformas del gobierno chino. Todos estos no son sino ejemplos del embate que sufre la democracia en el mundo.

El debate entre críticos de la democracia y sus defensores y proponentes es creciente y agudo, por no decir violento. Muchos atribuyen el resurgimiento del populismo a los defectos de la democracia, otros a sus excesos. En las revueltas políticas que yacen detrás de Brexit y de Trump es notable la percepción de enojo: que la democracia se ha desmembrado porque los electores ya no tienen capacidad de influir -o decidir- sobre las cosas que les afectan; igual si se trata de un cuerpo regulatorio distante que norma lo que se puede importar o exportar o de una entidad supranacional que impone estándares distintos a los preferidos por la comunidad local. En una palabra, algunos critican a la democracia por los problemas que (supuestamente) causa, en tanto que otros lamentan la erosión de la misma. No hay un patrón único.

El debate sobre la vigencia y viabilidad de la democracia es universal. Las “sorpresas” electorales de los últimos tiempos hablan por sí mismas: el llamado “Brexit”; la elección de Donald Trump; la fortaleza electoral de Marine Le Pen; el referéndum para otorgarle poderes casi ilimitados al presidente de Turquía; y la envidia que genera, en muchos ámbitos políticos e intelectuales, la capacidad de imponer decisiones y reformas del gobierno chino.

La complejidad del momento que vivimos -elecciones, inseguridad, corrupción, ausencia de liderazgo y un largo etcétera- acentúa la percepción de que se trata de un fenómeno excepcional y exclusivo de nuestra era. Sin embargo, hace más de dos mil años Platón argumentaba que la tiranía puede emerger de una democracia madura al utilizar los mecanismos de la propia democracia, en tanto que Tucídides afirmaba que Atenas era “en teoría una democracia, pero de hecho constituye el gobierno de un individuo preeminente”. Entonces, como ahora, unos lamentaban los límites de la democracia en tanto que otros la veían como la causa de los problemas del momento. Poco ha cambiado en estos milenios.

Cualquiera que sea la causa de la desazón y de la disfuncionalidad que perciben tirios y troyanos, el resultado es una revolución en las expectativas, percepciones y comportamiento electoral. La distancia entre las encuestas y los resultados en diversos comicios del mundo -en ocasiones dramática- sugiere que la población en innumerables naciones no encuentra respuesta en las formas democráticas existentes, sean éstas relativamente nuevas como en México o ancestrales como en la vieja Atenas.

Tampoco hay consenso sobre la naturaleza del problema: para unos, los que intentan explicar el ascenso del populismo, el problema es culpa de los políticos, quienes no saben conducirse, deciden en función de sus propios intereses y han alienado a la población. Para quienes el problema surge de la democracia misma, la culpa la tienen los tecnócratas, quienes imponen sus

preferencias sobre las prerrogativas de los electores: algo especialmente criticado en el caso de la burocracia europea en Bruselas, pero también de los paneles de resolución de disputas del TLC. También hay quienes afirman que el problema es producto de la propia democracia representativa porque, al transferir los electores su potestad a los representantes populares (diputados y senadores), se creó el fenómeno de la insularidad de los políticos que no se sienten obligados ante los electores. Se trata de un triángulo en el que cada vértice tiene mayor o menor incidencia en cada país, según las circunstancias locales. Lo que es universal es la percepción de que la democracia no satisface, lo que con frecuencia produce cosas extrañas y sorpresivas.

¿Es culpable la democracia? Ante todo, la pregunta entraña al menos dos supuestos: primero, que hay una sola forma y estructura democrática; y, segundo, que ésta opera con funcionalidad. Todos los mexicanos sabemos que nuestra democracia tiene enormes fallas, pero la principal de ellas, a mi modo de ver, es una muy simple: hemos adoptado algunas formas democráticas (como la competencia electoral), pero no hemos adoptado a la democracia como sistema de gobierno. Nuestro problema no es de democracia sino de la persistencia del sistema autoritario de antaño, pero ahora sin su ancestral fuerza o capacidad de acción. El dilema es muy simple: como probó el gobierno actual, retornar al pasado no es posible; la alternativa es seguir sin rumbo o construir una nueva estructura política.

@lrubiof

# Rotundo fracaso de la estrategia de seguridad en México

En los últimos 10 días se dieron a conocer cifras oficiales que confirman el nuevo repunte de la violencia, particularmente de los homicidios dolosos en México; primero fueron los datos del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP) que indican que el primer semestre de este año ha sido el más cruento desde 1990 (cuando inicia el recuento del INEGI) y la semana pasada, el mismo Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) con los datos preliminares de los homicidios dolosos en 2016 que llegaron a 23,953, 15.3% más que en el año previo.

Hasta el momento, 2011 había sido el peor año desde que en diciembre del 2006 el entonces presidente Felipe Calderón Hinojosa le declaró la guerra al crimen organizado y, al menos, con las estadísticas del SESNSP el primer semestre de este año supera en 16% las cifras homicidios de dicho año, con lo cual, de mantenerse la tendencia, este año se superarán los 31 mil homicidios, lo cual lo marcaría como el peor año en los últimos dos sexenios.

De confirmarse estos números, en diciembre de 2017, cuando todavía falten 11 meses para el final del actual sexenio, prácticamente se habrá alcanzado la misma cifra de todo el sexenio anterior, que fue de 120 mil 341 homicidios dolosos, por lo cual es prácticamente un hecho que el actual gobierno superará las cifras de su antecesor.

Las cifras de los homicidios se mantienen altos en el Estado de México y Guerrero, que han sido los más violentos en los últimos años; pero además muestran un repunte significativo en entidades, donde se consideraba que se había controlado la violencia, como en Chihuahua y Baja California, que se presentaban como ejemplo a seguir.

En la historia reciente se han tenido los siguientes puntos de inflexión: en 1993, cuando empezaron a descender tras haber alcanzado 16,594 homicidios dolosos en 1992 y una tasa por cada cien mil habitantes de 19.69 para llegar en 2007 a 8,867 y una tasa de 8.23; pero de allí empezó el

Hasta el momento, 2011 había sido el peor año desde que en diciembre del 2006 el entonces presidente Felipe Calderón Hinojosa le declaró la guerra al crimen organizado y, al menos, con las estadísticas del SESNSP el primer semestre de este año supera en 16% las cifras homicidios de dicho año.

repunte que llevó al país a los 27,213 asesinatos en 2011 y una tasa de 23.88; en 2012 se revirtió la tendencia y el punto más bajo fue en el 2014, con 20,010 crímenes y una tasa de poco más de 16 homicidios por cada 100 mil habitantes.

Abril del 2015 fue el siguiente punto de inflexión y desde entonces el crecimiento es continuo, hasta llegar a este récord histórico en el primer semestre de este año. De acuerdo con las cifras preliminares del INEGI, en el 2016 se llegó a una tasa de 20 homicidios por cada 100 mil habitantes, es decir, más de dos veces la que se tuvo en el 2007, cuando se alcanzó el récord inferior. Y de continuar las tendencias para el 2017 se superarán los 25 homicidios por cada 100 mil habitantes, es decir, tres veces que en el 2007.

Las cifras muestran el rotundo fracaso de la estrategia de seguridad de los últimos dos gobiernos, que pese a todas las declaraciones oficiales se han centrado en el combate frontal al crimen organizado, privilegiando el uso de la fuerza pública como su principal arma. Con un rol preponderante del Ejército y la Marina y una creciente militarización de los mandos policiacos en todas las entidades del país, tanto a nivel de los gobiernos estatales como municipales.

Los gobiernos no han sido capaces de solucionar las causas estructurales de esta crisis y, por lo mismo, la disminución de la incidencia delictiva (cuando llega a presentarse, como en los casos ya señalados de Baja California y Chihuahua e inclusive el país) no es duradera.

Para lograr una solución perdurable, se requiere en primera instancia la existencia de policías (estatales de preferencia) confiables, eficaces y eficientes y eso pasa por la creación de nuevas corporaciones, co-

mo se hizo en su momento en Nuevo León y, posteriormente, en otros estados, sin embargo, el esfuerzo tiene que ser sostenido y no contentarse con los primeros resultados favorables y olvidar las prácticas y criterios que permitieron dicho éxito. Para ello se tienen que tener policías bien preparadas y equipadas, además de bien remuneradas y con prestaciones adicionales que resulten acordes a los riesgos que corren.

Pero no basta con ello, hay que emprender el combate a las causas socioeconómicas y urbanas que propician la alta incidencia delictiva, lo cual implica programas incluso municipales de regeneración urbana y construcción de espacios culturales, recreativos y deportivos, así como, buen equipamiento urbano que den vida a barrios dignos. Pero también una política social y económica que permita abatir los niveles de pobreza y desigualdad existentes en México, al mismo tiempo que se implementan programas de combate a las adicciones y atención a la juventud que les permitan aspirar a un mejor futuro.

La acción policiaca, única a la que se ha recurrido hasta el momento, permitirá abatir la incidencia delictiva temporalmente (como ocurrió de 2012 a 2014), pero sí no se acompaña de programas que atiendan las causas estructurales, el éxito será efímero, como es evidente en estos momentos. Lo peor es que, como siempre, las recaídas son peores, así que todo indica que en este año la incidencia delictiva será mayor que en todos los años anteriores, pues los homicidios vienen acompañados de más secuestros, extorsiones y robos con violencia. La tregua terminó y para revertir la tendencia se requiere mucho más de lo que se ha hecho hasta hoy.

Arturo Sarukhán

# Trump en su laberinto

¿Alguien está llevando la cuenta? Ciertamente yo, entre muchos millones más. Acabamos de pasar la marca de seis meses en la bi-saña administración de Donald Trump. Vamos en el día 187 de su gestión o, dicho de otro modo, faltan 1,285 más hasta la próxima ceremonia de toma de posesión presidencial. Tras un semestre en el poder y una agenda en convulsión permanente, el empresario neoyorquino continúa siendo un Presidente anormal, apoyado por un núcleo duro de votantes, pero asediado y rechazado por el resto. En este periodo, ha mantenido además el hábito de campaña de formular declaraciones falsas o equivocadas; vamos en 836 desde el arranque de su mandato, un promedio de 4.6 afirmaciones falsas por día. Como Presidente, Trump ha acumulado un récord de 152 “Pinochos”, la fórmula con la cual el Washington Post analiza si lo que dicen los políticos estadounidenses está o no fundamentado. Sus tuits revelan a un mandatario compulsivo, abusivo y fácilmente provocado. Trump describe todo esto como un estilo “presidencial moderno”. Pero lo que estamos

atestiguando no es una nueva era en las comunicaciones presidenciales; es su colapso. Y Trump, el anti-sistema que supuestamente venía a Washington a “drenar el pantano” sin siquiera despeinarse, sólo lo ha exacerbado con el fango diario de conflictos de interés en su entorno. Su reciente, extensa e incoherente entrevista con el New York Times ofrece quizá la prueba más patente de su convicción de que está por encima de la ley, así como una carencia de toda noción acerca de las obligaciones básicas que su investidura conlleva. Cuando este Presidente toma decisiones, no lo hace constreñido por consideraciones constitucionales o éticas; le importa un bledo la separación de poderes. Sigue viéndose a sí mismo como un CEO, tratando de procurar toda ventaja posible como si se tratase de una transacción, y lo que le interesa es el mitote sin importarle lo que implica para la figura presidencial.

Trump no parece darse cuenta de una de las lecciones más duras de la política: que es posible ganar una elección y aún así perder. Pero eso es lo que le está

Trump no parece darse cuenta de una de las lecciones más duras de la política: que es posible ganar una elección y aún así perder. Pero eso es lo que le está ocurriendo a él y a su gobierno en toda una serie de frentes, ya no digamos el de la opinión pública, que tanto lo obsesiona. Ni siquiera en la iniciativa más emblemática y anhelada de la derecha conservadora, liquidar la reforma en materia de salud de su predecesor (el llamado “Obamacare”), Trump ha logrado tener éxito y unir al GOP detrás de él. Y es que a diferencia de todos los presidentes Republicanos previos, Trump no ha escuchado el “¡Ave, César!” por parte del GOP.

rriendo a él y a su gobierno en toda una serie de frentes, ya no digamos el de la opinión pública, que tanto lo obsesiona. Ni siquiera en la iniciativa más emblemática y anhelada de la derecha conservadora, liquidar la reforma en materia de salud de su predecesor (el llamado “Obamacare”), Trump ha logrado tener éxito y unir al GOP detrás de él. Y es que a diferencia de todos los presi-

dentes Republicanos previos, Trump no ha escuchado el “¡Ave, César!” por parte del GOP. El oprobio generalizado en la opinión pública -que a su vez alimenta las cálculos electorales de muchos legisladores Republicanos- se cristaliza en toda una serie de encuestas recientes, con abrumadoras mayorías en los niveles de desaprobación que promedian el 59 por ciento del electorado regis-

trado.

Bien podríamos recurrir, en este verano “de nuestro descontento”, a mentar madres por los errores de estrategia electoral de Hillary Clinton, el hackeo de su campaña o la actuación imperdonable y errada del ex director del FBI James Comey a unos días de los comicios. O también podríamos asumir que todo lo que ocurre en y en torno a la Casa Blanca es ruido blanco. Pero el problema es que en estos seis meses, Trump ha arrasado con presupuestos, estructuras y programas del gobierno federal, y son rupturas de política pública que se dejarán sentir por años.

Hoy, lo “normal” ya no existe en Washington como resultado de este primer semestre. No es normal que un hijo del Presidente reconozca que se reunió con abogados rusos ofreciendo entregar información para torpedear la candidatura de un rival. No es normal que el Presidente busque encubrir lo ocurrido en esa reunión. No es normal que el Presidente convoque a una reunión de gabinete para que lo adulen. No es normal que el Presidente mine constante-

mente a los integrantes de su gabinete. No es normal que el Presidente se desquicie por la cobertura noticiosa, reaccione de botepronto sin siquiera tomarse la molestia de verificar la información y embista públicamente a medios de comunicación y periodistas en un esfuerzo por desacreditarlos con ataques ad hominem. No es normal que el Presidente ofenda y hostigue a aliados y socios clave de Estados Unidos alrededor del mundo. No es normal que el Presidente actúe más como luchador en un ring de lucha libre que como el líder del país más poderoso del mundo. No es normal que la incompetencia del Presidente se premie con lealtad ciega. Y así podríamos seguirnos con la lista de anomalías de esta primera mitad de 2017. Pero al final del día, Trump es el nombre de una causa, no sólo el de una persona. La única manera de combatir esa anomalía es con otra causa. Hay que encontrar el guión y la tonada de esa causa, y rápido. Nos quedan tres años y medio.

Twitter: @Arturo\_Sarukhan  
(Consultor internacional)